

«CHAVESKI»

CONOCI una tarde a Chaveski, en el puerto, bajo una lluvia pegajosa y fina. Su aspecto era gastado y, no sé por qué, lo atribuí al alcohol y como ceceaba me imaginé que estaba ante unos restos de señorito andaluz. Creí que lo de Chaveski sería una broma con suerte de una noche cualquiera, dostoyewskiana, de colmado español.

—¿De los Chaves de Sevilla?—le pregunté.

—De los Chaveski de Vologda, al norte de Moscú—me respondió despacio, seria y solemnemente.

Lo de «al norte de Moscú» estaba claro que era una lección. Me encogí de hombros y esperé en silencio a que olvidara mi ligereza.

El ruso era un hombre alto, más que pálido, blanco. Cualquiera «raquero» del puerto le habría catalogado como «un blanco». Al parecer había sido un tipo con mala suerte. Pero su mala suerte fué extraordinaria, nada vulgar. Para que él se quedara huérfano y se arruinara no le vinieron simplemente la Muerte y la Ruina, sino que llegó el Comunismo, todo el Comunismo. Y en Europa supieron entonces que habían existido, dentro del gran invernadero ruso, mimados y estériles, los Chaveski, bostezando con sorpresa y con ángel y rascándose el arte por el cuerpo. De los Chaveski sólo quedaban el que tenía delante y su tía Tati, —Tatiana—, rusa bellísima, distinguida y llena de sex-appeal. Los demás habían muerto a mano airada.

A Chaveski me lo presentó un pintor pequeño, concentrado, silencioso, de profundo mirar y andares lentos y quedos buscando, tal vez, hallar matices de luz en los colores. Chaveski, —me dijo—, es un aficionado a la pintura. Los tres juntos nos fuimos a «Trapección», pequeña sala de arte en la que se abría, a las ocho, la exposición de un vienés. Allí encontra-



mos a un grupo de pintores amigos y a las nueve estábamos pensando adónde iríamos para tomar unos chatos y cenar. Se planteó la elección de restaurante o taberna. Las tabernas, —excentuando, entre otros, a Chaveski—, contaban con mayoría de votos.

Caía una llovizna que estorbaba el andar y el entrecejo, pero la noche era alegre, llena de luces voluntariosas y frescas, y el olor del mar alimentaba como un aperitivo y nos llevaba hacia el chato de la sardina y la raba. Fuimos a una taberna. Me di cuenta entonces de que Chaveski tenía algo de perro faldero. Había defendido la idea de que cenáramos en restaurante y, sin embargo, nos siguió humildemente, un poco atrás, un poco nostálgico de su idea, raspándose las uñas, con vano disimulo, en las esquinas.

Estábamos sentándonos y el ruso dijo adiós. Se le había ocurrido, de pronto, ir al concierto. En la taberna, al llegar, permaneció de pie, recostado en la puerta del comedor bullicioso, sumergido, la mitad de su cuerpo, en la sombra agria y rojiza de las tinajas. Los demás justificaron ante mí su marcha diciendo que estaba triste. Pero su tristeza, entrevista, parecía fija y monótona, de una sola nota y un solo color. ¿En qué habrían notado mis amigos la tristeza pasajera de ese hombre que a mí me parecía tan esencial, tan igualmente triste? Chaveski tenía la mirada desasida, perruna, vagorosa, de neurótico por desocupado. ¿Trabaja en algo? —pregunté—. No, me respondieron.

Transcurrió la cena con alegría y pedíamos queso para terminar cuando el ruso apareció de nuevo. ¿Y el concierto?—le dijimos todos—. No se acordaba ya. Había tomado una langosta en un buen restaurante y parecía contento. La langosta le había puesto alegre. Sonrió angélico y nos dijo:

—Esta noche he pensado suicidarme.

El postre de los rusos, pensé yo, que ignoro por completo el alma eslava. Pero en seguida conocí el motivo. Opinaba Chaveski que las muchachas estaban huecas por dentro. El pintor más joven preguntó escéptico: Sí, pero, ¿y por fuera? Chaveski no hizo caso y continuó emperrado:

—Se me ha casado un amigo. Un buen amigo. Y yo, ¡nada! ¿Qué es lo que debo hacer? ¿Qué es lo que debo hacer?

Las dos preguntas fueron iguales, como el canto inflexible, oscuro, de un pájaro sin gracia.

Tratamos, un poco divertidos, de ofrecerle un consuelo. Al fin se que-



dó tranquilo y para probarnos que había pasado su preocupación nos dijo con el tono y la voz de un niño bueno:

—Claro que los hombres no nos pasamos tan pronto. Duramos más.

¡Extraño Chaveski, preocupado con el tiempo, que le servía tan poco; preocupado tal vez con su calvicie incipiente, asimétrica y prematura; con el relleno de su pantalón; con su voz aniñada!

Era evidente que aquella noche estaba triste, pero su tristeza me parecía hueca por dentro como esas muchachas de que él hablaba. Se imaginaba uno a Chaveski matándose con pistola de cartón, cualquier noche después de haber jugado y reído mucho y haberse soñado general del zar. Ofrendaría luego la tinta de su sangre, en alta copa, a una virgen campesina de icono, delgada, hermética, con rescoldos de sol atardecido.

Y, en efecto, apenas me equivoqué. Al día siguiente, el ruso estaba de nuevo en el puerto. Me trató como a un buen amigo con el que se hubiera encariñado tiempo atrás.

—Anoche me suicidé, ¿sabes? —dijo con su vana sonrisa, guiñando un poco los ojos.

Le tomé por un maniático porque apenas tenía aspecto de fantasma. Por otra parte, esa manía de suicidarse que, según cuentan, tienen los rusos me ha parecido siempre una enormidad: algo así como el afán de cometer un grave asesinato y matar a un tiempo al asesino. Al mirarle me dió un poco de asco. Pensaba que Chaveski andaba rondando esa bestialidad, toda su vida, con más o menos ganas. Y escuché con interés lo que empezaba a contarme.

A las tres y media, al llegar a su cuarto, cogió su vieja pistola, —autorizada por un documento adicional al pasaporte falso—, y se apuntó, resuelto, a la sien derecha. El era un hombre sensible. La vida encierra calor y el agujero mortífero de la pistola, aplicado a la piel, estaba demasiado frío. Pensó un rato en su vida algodonosa, tibia; en las muchachas vanas, —¿no estaría cerca, a dos pasos, apenas entrevista, la joven nueva de alto cerebro y corazón templado?—. Pensó en los cuadros del pintor vienés, en tía Tati, en el viejo y podrido zar que perdería una memoria orillada siempre a su recuerdo. Ajustó entonces la mano a la pistola y la pistola a la sien con sin igual firmeza. Pero, ¿qué le pasaba? Algo grosero, arrollador, pesado, monstruoso, le subía del estómago a la garganta. Se encontraba mal. Estaba enfermo. Si estoy enfermo—pensó— mi sacrificio valdrá mucho menos. La enfermedad—es evidente—está



más próxima a la muerte que la salud. El salto es menor. Un suicida sano mata en principio las enfermedades del mundo, pero el enfermo suicida mata antes que nada su propia enfermedad, su dolor. Lo más prudente es que el enfermo trate de curarse. No está uno, estando malo, para pistoletazos o cualquier otro ruido brusco y excesivo.

Dejó la pistola, con mano temblorosa, sobre una mesita. Apoyó una mano en la pared y a tientas llegó al cuarto de baño. En él, sin prisa y con esfuerzo, fué dejándose las alegrías de la noche. El corazón de su tía, en el pasillo, se consteló de angustia.

—Tía Tati, hoy me ha sentado mal la cena.

Y se dejó, con pena, acostar, y se dejó, con lágrimas en los ojos, cubrir con el embozo cariñosamente por las manos de tía Tati, inservibles y bellas.

¡La enfermedad! ¡Qué camino de Dios hacia la muerte, cosquilleante y dulce! ¡Qué sensación de orfandad tan limpia y resignada! Tía Tati lo atribuyó todo a un exceso de pasteles. Así era ella.

Luego me han contado que Chaveski deja siempre la bala de su pistola muerta de risa. Y he pensado, no sé por qué, que la bala, a su golpe duro, podía hacer de Chaveski un hombre. Muerto y en los infiernos, claro, pero un hombre. Nunca he leído nada sobre niños suicidas.

Parece también que este feo se lo hace a la pistola casi todos los sábados. Chaveski, pienso yo, anda jugando mucho, ¿no es cierto?

